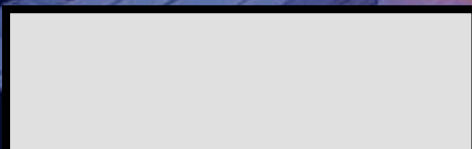


A detailed illustration of a vintage music room. The room features a large, ornate organ with a blue and white striped chair in front of it. To the left, there is a piano and a smaller organ. A large, arched window with a grid pattern is the central focus, letting in warm light. The room is decorated with various lamps, including a large hanging lantern and several smaller ones. The floor is made of wood, and there are some books and papers scattered around. The overall style is a mix of classic and modern, with a focus on warm colors and detailed shading.

MÓRSICA





DO RE MI FA SOL

Para que pueda surgir lo posible, es preciso intentar lo imposible una y otra vez.

HERMANN HESSE



«Solo me veré realizado cuando un nieto mío logre alzar los tres pulgares del gran jurado de recitales del país», fue lo último que nos dijo. Y entonces, al oírlo, cavilaste sin descanso por encontrar ese «algo» que te haga sentir realizada. Probaste con todo tipo de instrumentos. Desafinabas. Fallabas. Sin rendirte con tu meta de levantar esos tres pulgares y así entrar a la Universidad de Artes. Pero lo que nunca supiste —y ahora te hago saber— es que estabas buscando tu canción interna.

He de admitir que fuiste bastante terca con ello. Pero en los primeros días, cuando noté tu resiliencia y aplicaste la práctica una vez sabida la teoría, sin despecho y pese a la tragedia, ahí, en ese momento, provocaste que también encontrara mi propósito.

El lazo negro que envolvió las mentes de nuestros allegados hizo que no lo notaran al principio; ni siquiera yo lo había hecho. Podría excusarme diciendo que las lágrimas que brotaban de mis ojos provocaron una ceguera ante cosas ajenas a la tragedia que se cernía en mi ser, o también diciendo que lo único que salió de tu habitación fue una variopinta cantidad de sonidos.

Si bien estaba sempiternamente enlagrimado —sobre todo los primeros tres días— no estaba sordo; ¿cómo podría estarlo ante esas notas^[0] agudas que te palmeaban la espalda y evocaban un tierno pesar?

^[0] Representan los sonidos musicales. Hay siete notas (DO, RE, MI, FA, SOL, LA, SI) y estas se colocan entre las diferentes líneas y espacios del pentagrama.



Incluso hoy conservo la teoría de que tus sonares hicieron que el luto sea más triste, pero a su vez, más llevadero. Tomaste nuestro sentido de la audición y, con lentitud, nos guiaste entre la opacidad incolora que en esos tiempos llamábamos... realidad.

En estos momentos doy por hecho que tienes curiosidad por saber qué tanto guiaste la orquesta en esos tres días, y bueno, con gusto te lo diré.

No te negaré que en el primer día nos costó oírte; quizá sea debido a que la herida no había suturado o cicatrizado. Así que este transcurrió de manera inarmónica en un bifurcado sentido; interno debido al desbordante brote de sentimientos desdeñosos; externo debido a que, por inercia, nuestros oídos se enajenaron a tus melodías, como cuando tu padre se emborrachaba —cosa que hizo como nunca tras escuchar la noticia— y tu madre te decía que durmieras con la almohada apoyada en la nuca.

El segundo día fue donde empezaste a cumplir funciones de farol. Un farol que no emanaba luz, sino un desdén e ira por no haber compartido el tiempo suficiente. Decidí hacer audible el ruido blanco que la pérdida había provocado, ya que, por raro que suene, fue en el segundo día donde sentí que compaginamos en un sentimiento: el de saber que se pudo haber dado y aprovechado más.

Y en el tercer día estabas trasnochada y yo trasnochado; tú tocando y yo oyendo; estando separados por un techo, y también estando más unidos que nunca; entrambos sabiendo que un cuarto del sol se había asomado, pero negándonos todavía a dormir. En esa situación, esotérica a ojos ajenos, fue donde me hiciste encontrar mi... «algo».

Te digo de antemano que no fue tan excepcional como el que te fue encomendado. ¿Siquiera algún miembro de la familia —independiente de la generación— tuvo algo tan especial y tan... tan... único? Entiendo que no lo hayas visto de esa forma, después de todo, siempre fuiste muy severa contigo misma.

En donde más me equivoqué fue cuando mal interpreté el momento donde él dijo que yo escuchaba lo absoluto, y que tú, con tus sonares, le llevabas a lugares que siempre quiso conocer o que no sabía que existían. Siempre te lo agradeció; hoy día entiendo el porqué. Después de todo, tu don fue digno de tal riesgo; más que merecedor de la precipitada decisión de juramentarme como el siguiente guardia real que lo resguardara.



Dotada de alegría estabas al recitarle con tu laúd lo que serían sus últimos cuentos y canciones, haciéndole sentir en el medievo. Eras una laudista con vestido e instrumento negro. Cuando palpabas los trastes¹ en una escala con intervalo disjunto², entonando un allegro³ ritmo acelerado con sátira dirigida a quienes le enemistaban, le hacías creerse el rey del poniente⁴.

Un rey que escuchaba a su bardo entre carcajadas que solo eran ahogadas por las zampadas que le daba a su vino de uvas fermentadas.

Cuando la canción era apesadumbrada y el cuento tristeza evocaba, se creía la doncella despechada que protagonizaba muchas de aquellas tonadas.

Cuando le añadías ánimo a los acordes y tus pies seguían el ritmo, él se veía como un príncipe en su festejo de coronación o casamiento, quien presenciaba la nueva canción del bardo más pícaro del reino, y donde cuyo reinado o unión, significaría una nueva época rebosante de la más exquisita bonanza.

*La mayoría de las veces desacordabas, pero él no lo notaba;
dime tú,
¿quién podría haberlo hecho con el ritmo de dicha balada tan apesadumbrada?*

Y qué ocurría con los demás instrumentos que tocabas, te preguntarás.

Yo también me lo pregunté muchas veces. Verás, al principio pensaba que él exageraba con eso de que tu música lo «llevaba a otros mundos», o eso de que, a ojos de él y no a oídos míos, eras «excepcional».

No lo había entendido hasta que transcurrieron aquellos tres días de pesar.

Así pues, tras el exangüe literal y metafórico durante los tres primeros días de duelo, fue donde noté que tus dedos empezaron a encallecer; tus ojeras, a oscurecer.

Y ahí fue cuando yo, embelesado, me puse a desempolvar y reparar el tocacintas⁵.

[1] Un traste es la separación que existe en el diapasón del mástil de muchos instrumentos de cuerda. Al pulsar sobre una cuerda en un traste, se produce una nota musical.

[2] Un intervalo disjunto es un grado que no está adyacente a la nota de referencia. Los intervalos se clasifican según la distancia entre sus notas, pudiendo ser conjuntos o disjuntos.

[3] Término musical que hace referencia a una indicación de tempo equivalente a deprisa.

[4] El poniente es tradicionalmente el punto cardinal Oeste, dando nombre al viento que sopla desde el oeste.

[5] También conocido como magnetófono de cintas, es un aparato eléctrico que utiliza cintas magnéticas de audio en formato de casete compacto para reproducir o grabar sonido de forma analógica.



El primer mes lo pasaste tocando el laúd. No te juzgo, entiendo el porqué de tu elección. El siguiente, cuando tu pintoresca voz se cernió en la cotidianidad, se me hizo muy ameno. Quizá sea debido a que hacía tiempo que los alrededores no temblaban producto de un estruendo de tales magnitudes y ya ajeno del pesar. Si me permitieras describirlo de una forma esa sería diciendo que tu voz fue la pintura, tus cuerdas bucales el pincel, y el mundo —que yacía incoloro— el lienzo.

Era una mañana de esas donde el frío se filtraba por cualquier apertura. Donde solo el edredón o cubrecama más caliente te salvaban. Donde solo un café, un abrigo y el motivo de tu despertar, eran los que te catapultaban a querer pararte de tu fortaleza acolchada. Pero en esta ocasión a ella solo le bastaba el motivo, pues era el día donde iniciaría con sus clases de jarpa!

La palabra la espabiló más que cualquier dosis de cafeína. Tenía la emoción a flor de piel. ¿Frío? ¿Quién te conoce? Porque ella no.

Con presteza, Mórscica empujó el rastrillo que la encerraba en su castillo —es decir, su cubrecama— y salió, tan centrada en aquella palabra que el frío le resbaló como las notas inaudibles⁶ para un acérrimo lector de partiduras, el lenguaje de la música.

Lo que sí no le resbaló fue el dolor de todas las encallecidas falanges de sus dedos que sintió tras estirarse; todo por tocar el bendito laúd durante un mes. Sus uñas en cambio, no le dolían. Estaban cortas e impolutas. Hoy día el asunto ya era distinto, eso sí, pues ahora en vez de palpar iba a raspar el arpa con —se miró las uñas— estas.

¡Acordes desacordes! La emoción hacía que sus dedos se movieran por inercia.

Bostezó y se levantó.

Abrió el armario.

Buscó.

Y, al no encontrar un carajo, su ánimo se esfumó.

No sabía dónde había dejado el instrumento. Miró hacia arriba con un gesto de lamento; uno el cual se desvaneció tan rápido como se asomó. Abrió la puerta y, colocándose las manos alrededor de la boca como un si fueran un altavoz, apuntando hacia el ahora abuhardillado ático, gritó.

[6] Cuando pensamos en palabras o en frases, de hecho, solemos centrarnos en los nombres, verbos y adjetivos que portan casi toda la carga semántica. El resto son las “palabras invisibles” (pequeñas partículas en las que, a menudo, ni siquiera reparamos y que, sin embargo, caracterizan por completo un idioma; sostienen, como tornillos en las cornisas de un enorme castillo, toda su gramática). El mismo concepto se aplica al lenguaje de la música, formando eso que se conoce como “armonía” y que es la verdadera gramática del lenguaje de la música. Son llamadas “notas inaudibles.”



—¡Yajeed! ¿Estás despierto? ¿Sabes dónde dejé el segundo?

—¿El qué? —respondió somnoliento detrás de la entrada del ático.

—El segun...

—¿Y si dejas la...? —interrumpió su padre en queja tras la puerta del dormitorio principal.

—¿Bendita buya? —finalizó la voz de su madre en el primer piso.

Una somnolienta, otra quejándose, y la última, exigiendo. Tres voces en total. Una apática, dos de ellas con sonidos sincronizados..., y ninguna respondiendo a su pregunta.

Suspiró.

Las personas tienen un don para para quejarse.

—¡Ah! Ya lo concibo —se dio cuenta Yajeed—. El segundo.

—Sí, el segundo.

—¿El segundo? —Preguntaron al unísono las dos voces sincronizadas que venían del dormitorio principal y el primer piso.

—¡Que sí, el segundo!

Silencio.

—Ni idea —le dijeron los tres tras unos instantes de cavilación.

«Para eso sí están sincronizados, ¿no? —se dijo con gesto hosco—. Bueno, suficiente de fanfarrias⁷ quejumbrosas». Si no lo encontraba en su armario debía de estar en el garaje. Sin más.

Entonces, la primera mañana del mes había transcurrido de esta manera: se levantó, buscó al segundo, no encontró un carajo; luego preguntó por él, y no le respondieron un carajo. Se alistó (lavarse, desayunar, tomar café, etcétera), y salió hacia su estudio. Quizá la palabra «salió» no era la exacta, ya que su estudio estaba en el garaje de la casa, justo debajo del dormitorio de sus padres. Así pues, una vez ya en este, Mórscica se sentó y se puso a tocar el arpa (y sí, siempre estuvo en el estudio). Así pues, también esperó la señal de su abuelo: un sonido que provenía desde arriba y que se presentaba instantes antes de que empezara a tocar. Y así pues, el sonido

[7] Una fanfarria es una pieza musical corta de gran fuerza y brillantez, interpretada por varias trompetas y otros instrumentos de viento metal, frecuentemente acompañados por instrumentos de percusión. Se suele usar con fines ceremoniales hacia la realeza para expresar majestuosidad o para personas de importancia social.



provino, y ella, con el ánimo recuperado tras encontrar a Segundo, no dio rodeo y raspó.

No te voy a negar que los primeros días desacordaste a diestra y siniestra. Pero todo mejoró cuando —al fin— te diste cuenta de que el problema no eras tú, o tal vez sí, puesto que el problema yacía en tus uñas cortas. Sin embargo, todo mejoró en el séptimo día cuando tú, desanimada, vociferaste en dirección al ático para preguntarme si debías rendirte y ceder ante el contrato de la herencia y deshonorar la memoria del abuelo, queriendo dejar de lado la remembranza que tanto te caracterizaba. Escucharte tan desanimada hizo que, pese a mis impedimentos, me viera obligado a interrumpir. Coloqué unas uñas postizas junto a un frasco de pegamento en la repisa de tu dormitorio.

Escucharte al siguiente día fue lo único que necesité para afirmar que entendiste el meollo que estaba en tu repisa. Desde ya te digo que sonaste de una forma tan... tan..., debo describírtelo:

Repiqueteando con precisión las escalas⁸ que otrora habían provocado rasguños en la yema de tus dedos; aumentando el ritmo de las mayores y menores con el pasar de las horas. Sintiéndote envalentonada y principiando con los arpegios⁹ con la facilidad de un bebé al gatear. Todo en un solo día. Todo por una simple «modificación» en los acordes, dando la sensación de que eras una arpista en todo derecho. Una princesa debajo de un cerezo que está armando para su príncipe, quien la escucha mientras reposa en su regazo, y, con anhelo, le acaricia el vientre; ella a él los rizos en el interludio de cada estrofa del poema que le recitaba a la vez que entonaba y arpaba.

*El arpa es el sonido de una vida realizada junto a tu exaltada,
quien la raspa desairada,
exhalada de tanto ser amada en la mañana tras una íntima jornada,
la cual en nueve meses la vida que en su vientre en la noche de luna fue gestada,
dará por germinada,
dando fruto a un ternario verso para el poema que,
al día de hoy, aún continuaba...*

[8] Se denomina escala musical a un conjunto de sonidos ordenados que crean un entorno sonoro particular. Estos sonidos o notas se denominan “grados de la escala” y pueden estar dispuestas de forma ascendente (de grave a agudo) o descendientemente (de agudo a grave).

[9] Es una manera de ejecutar los tonos de un acorde: en vez de tocarlos de manera simultánea, se hacen oír en sucesión rápida, generalmente del más grave al más agudo.



Y así, mi princesa arpista, nos encontramos en la mañana del primer día del tercer mes.

Desanimada por lo que había descubierto la noche anterior, Mórscica abrió los ojos. Le había resultado difícil dormir, puesto que aquella noticia le llegó de una forma cuanto menos arrolladora; no en un sentido literal, puesto que en cuanto a salud estaba bien.

Era más en un sentido alegórico.

Según el primer diagnóstico sobre la enfermedad del abuelo, resultó que era hereditaria. Pero lo que más desdén produjo es que nunca lo mencionó; algo que, visto en retrospectiva, hizo con la intención de proteger a la familia. ¿Pero cómo se puede proteger a alguien negándole saber lo peligrosa que puede ser una enfermedad? En fin, el asunto era que el abuelo había dejado un contrato muy específico, donde lo único que aflojaba de sus bienes era solo y exclusivamente para la educación musical de su única nieta. Su familia, gente de a pie, aldeaña, se sorprendió cuando supieron que este resguardaba semejante cantidad de bienes, y también de que la única que aparecía en el contrato era Mórscica, quien solo cuando levantara los tres pulgares podría quedarse con el resto, aunque no sin antes tener que ser partícipe de un proceso de *ex parte*^[10] en la jurisdicción de la ciudad; y el que se llevara a cabo como era debido, según Yajeed, era un deber que le había encomendado al encargado del orfanato de la ciudad, uno de los viejos conocidos del abuelo.

El papeleo se le hacía muy ajetreado, y en su humilde opinión, un desperdicio de su tiempo, así que les dejó aquellos asuntos a sus padres, quienes con gusto los administraron. No obstante, ellos eran del tipo de persona que le ven los dientes, encías, salud y edad a caballo regalado, así que le dieron dos condiciones en forma de contrato, los muy osados. La primera era un inciso para asegurarse que ella hiciera su parte del tratado. La segunda, por supuesto, era que les dejara una tajada de la herencia para los —citando la parte del contrato que le obligaron a firmar y ella con gusto accedió a hacerlo— «fondos familiares».

Y pues, este mes era el turno del tercero. No quiso hacer lo del mes pasado y olvidarse dónde lo había puesto, así que ahora solo guardaría en su clóset el instrumento que debía usar en el siguiente mes, ósea a Tercero.



[10] Una decisión *ex parte* es aquella que decide un juez sin requerir de la presencia de todos los involucrados o acusados.

La verdad es que la noticia no solo había provocado que no pudiera conciliar el sueño, sino que también cavilara sobre su porvenir. Había decidido dormir un poco más y despertar a eso de las diez de la mañana.

Su padre fue quien la despertó.

—Comida. Tú. Ahora —le ordenó con voz cansada, sin siquiera darle los buenos días. Se dio la vuelta, y antes de marcharse, volteó para añadir—: Se enfría.

Pues si él no iba a darle los buenos días entonces ella tampoco lo haría; así quizá aprenda el muy descortés.

—Sí —se limitó a contestar mientras se estiraba y hacía un ademán con los pies para buscar sus zapatillas. Al salir, notó que el desayuno de Yajeed seguía en la repisa del corredor—. ¡Yajeed, se enfría!

—Voy, voy —dijo al cabo de unos segundos, sin siquiera asomar la cabeza por la entrada del ático; si nunca salía, mucho menos se asomaría.

Su padre leía el periódico, esperando que su mujer le sirviera el café. Hubiera sido una mañana de la misma calaña que las anteriores sino fuera por el emperador con traje invisible que paseaba con descaro: la noticia del día anterior.

Todas las mañanas, tardes y noches, Mórsica solo se limitaba a tomar su desayuno, almuerzo o cena, e ir a su estudio. Pero hoy, sabía ella, era de esos escasísimos momentos en donde la familia entera necesitaba desayunar en el comedor. Estar unida.

—Primero de abril —señaló su madre con un tono entrecortado, semejante al que se tiene antes del lloro—. Cuéntame cómo va todo, Mórsica. Dale una buena noticia a esta marchitada. Solo una. Después de lo de ayer, solo necesito que me concedas eso.

Mórsica obedeció, pero a su manera. Siempre a su manera.

Usó sus índices para expandir sus párpados, haciendo que se notasen más sus ojeras, luego le mostró las callosidades que yacían en las falanges de sus manos; sus uñas postizas desgastadas se dieron a ver por sí solas sin la necesidad de que se las enfatizara.

Ante el gesto, su madre se mostró indiferente; su padre solo alzó una ceja y se levantó a tomar el café. Como siempre, añadió unas cucharadas de licor; seis alcanzó a contar Mórsica en esta ocasión. El doble de lo normal. Supuso que estaba bien,



puesto que la noticia que habían recibido en la noche lo merecía; es más, no tenía problemas si añadía unas cuantas cucharaditas más; cosa que no tardó en hacer tras dar tres sorbos. Situaciones como esta, semejante a la de hace tres meses, son las que le hacían desear ser mayor por el simple hecho de poder tomar con desvergüenza, al igual que su padre.

El café fue servido, dando inicio al desayuno.

Hubieron unos minutos de mutismo, donde solo hablaba el tenedor junto al cuchillo que cortaba los huevos; la cucharilla juntando el grano refrito para rellenar la arepa; las hogazas de pan siendo rasgadas por las manos para pasar a ser cubiertas de mantequilla y remojar en la yema de los huevos o en el espeso caldo que dejaban los granos en los platos. El repiqueteo de los cubiertos en contra de la vajilla hacía una pequeña orquesta casi tan desafinada como ella en su primera semana aprendiendo un nuevo instrumento.

El imperioso tempo del silencio se acabó cuando su mamá no pudo seguir conteniendo sus tenues gimoteos y lagrimeó, lo que provocó que su marido, con la delicadeza de un pintor de retratos y el tacto de una nana cosiendo para sus nietos, le palmeara el hombro y acariciara la mano. «Todo estará bien, yo estoy acá para apoyarte. Lograremos salir de esta juntos. Tu carga es nuestra carga. Superaremos esto al igual que como siempre hemos superado las dificultades anteriores. Te doy espacio, pero te hago saber que no estoy ausente», le dijo con ese simple gesto. Tanto con tan poco. Sin pronunciar palabra alguna. Una balada muda llena de entendimiento mutuo. Una que no era bailada cara a cara viéndose a los ojos, sino que estando espalda con espalda y apoyándose el uno al otro.

«¡Acordes desacordes!», se lamentó para sus adentros, esperando cuidadosa ininterrumpir el esta vez apacible mutismo que se había vuelto a cernir en el comedor, dándose cuenta de que, pese a todo aquello, el destino era inevitable. Era dulcemente cruel.

Cuando creyó ver el momento oportuno, y en un intento de contradanza¹¹, Mórscica le palmeó la espalda al bailarín para envolver con los brazos a la bailarina, siendo el tercer partícipe en aquella balada muda que solo fue fugaz en el sentido temporal, puesto que de inicio a fin solo duró unos minutos; minutos que parecieron casi un cuarto de hora.

Y se desenvolvió de su pareja de baile.

Y se secó las lágrimas.

[11] Es un baile social al que se puede asistir sin pareja. Los bailarines forman parejas, y las parejas forman conjuntos de dos parejas en largas filas que parten del escenario y descienden a lo largo de la sala de danza. A lo largo de la danza, las parejas suben y bajan por estas filas, danzando con cada una de las parejas de la fila.



Y se marchó.

¿Me perdonarías si te digo que solo tú puedes hacer que un solo¹² de guitarra¹³ se escuche de la forma más galante o, en su caso, más exorbitante? Un día te bastó para dominar ambos tempos y rasguear de manera precisa cada acorde, sin la necesidad de acudir a los de quinta¹⁴.

Entiendo que no hacerme partícipe de asuntos intrafamiliares fue una decisión que tomaron, pero, ¿qué me dirías si te digo que, al igual que la «balada silenciosa», lo entendí todo apenas te escuché?

Mientras tocabas ensimismada, el segador de almas se cernió en la tarea de segar una nueva vida de la estirpe, da del pilar central de todo hogar. Postró un arma en contra de su cráneo y, cada vez que le visitaba, con su gatillo, arremetió en contra del percutor. Pero no la erradicó. Cuando mucho, solo provocó que su piel se esclareciera de forma enfermiza, letárgica. Pero viva. Entonces, este quiso expandirse y hacer metástasis para que, si su trabajo de otrora no resultaba, el de ahora sin dudarlo lo haría.

Su guadaña sonaba como tu guitarra.

*Ciertas llaves tintinearón; cerrojos cerraron,
proporcionando terreno a perros huérfanos que ladraron,
sin saber que todos eran presa de un destino más que desventurado.*

Al finalizar este mes, fue cuando supiste que no fuiste la única en batallar, teniendo que volver a visitar el hospital.

Mórsica tenía dos decisiones que tomar, cada una con su propio peso y valor a corto y largo plazo. Un nuevo contrato se había reescrito en el de su abuelo, firmado ahora por su hija. Por un lado, le faltaban cuatro instrumentos, por el otro, no quería volver a experimentar la sensación de vacío que quedaba tras saber que «pudieron compartir más tiempo».

Entonces, Mórsica tomó la decisión más sensat...

[12] En la música, el solo es una pieza musical, o parte de aquella, en la cual no hay acompañamiento cantado, sino solo ejecución instrumental. En el solo suele destacarse un instrumento específico.

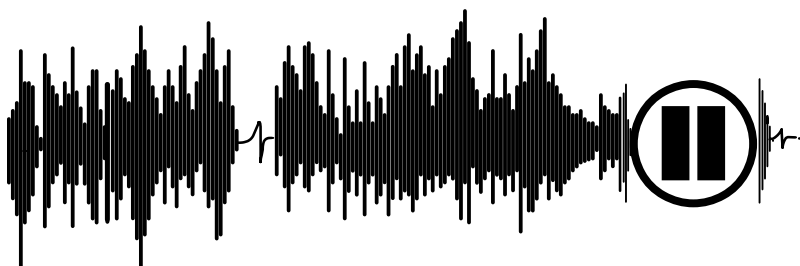
[13] Los solos de guitarra sirven para separar diferentes partes de una canción y permiten realizar cambios de ritmo, tono o melodía.

[14] Se denomina quinta al intervalo de cinco grados entre dos notas de la escala musical. Existen tres tipos de quintas: disminuidas, justas y aumentadas.

[18] Los cilios son una especie de pelos que nos ayudan a detectar los olores o sabores.

Olfativos: Las moléculas transportadas por el aire, al entrar en la nariz estimulan los cilios y esto desencadena un impulso en las fibras nerviosas cercanas, que están conectadas con los bulbos olfatorios.

Gustativos: Una papila gustativa contiene varios tipos de receptores del gusto provistos de cilios. Cada tipo detecta uno de los cinco sabores básicos: dulce, salado, ácido, amargo o sávido (también llamado umami).



¿Es esto una intromisión repentina?, te estarás preguntando. La respuesta es sí y no; dependería de tu interpretación. Lo que sí debes tener en cuenta es que toda canción debe seguir cierto tempo; consideremos este momento como la parte donde sucede su ralletando¹⁵, haciendo que de manera progresiva y dulce¹⁶, pase a lentísimo¹⁷.

¿Con qué propósito lo hice? También te preguntarás, pero sabes la respuesta. Es decir, el elefante siempre estuvo ahí, en la habitación; o debería decir, en el ático?

Sin más prórroga, empecemos:

El origen de mi historia es por fuerza el de mi desgracia; injustificado, si me lo preguntas hoy día.

Era una tarde más del montón, de esas las cuales hay muchas, más pocas son disfrutables. Ahí yacía yo, sentado en el marco de la ventana del ático del orfanato, viendo cómo los demás niños jugaban mirándose los unos a los otros; algunos se detenían a hurgarse la nariz mientras veían hacia quién sabe dónde; otros, más caviladores respecto a su situación y a la de sus aledaños, se sentaban —como yo, pero en las afueras— a observar. Sin más. Solo a observar.

Verás, el mundo tiene más de un matiz en el plano sensorial. Las cosas no solo se ven; la vista es más que eso, puesto que esta matiza el color. También podemos sentir y, naturalmente, experimentar el matiz entre placer y dolor; el del calor con sudor y frío con temblor. Se puede tanto saborear como olfatear gracias a la estimulación de los cilios¹⁸ gustativos y olfativos, a tal punto que con solo tocar algo con la punta de la lengua puede ocasionar que nuestra boca desborde de saliva, o que nuestros rostros se contorsionen y se llenen de pliegues, asimismo pudiendo ocasionar una reacción equivalente en nuestro cuerpo cuando inhalamos.

[15] Rallentando es un término musical italiano que significa "ralentizando" o "retrasando". Indica al músico que debe comenzar a tocar a un ritmo más lento de manera gradual. En una partitura musical, se suele abreviar como "rall".

[16] Es una indicación de carácter que significa *dulce*, y se refiere a tocar el pasaje dulcemente.

[17] También llamado "larghissimo". Es un indicador de tempo extremadamente lento (menos de 20 ppm); usado en raras ocasiones.

Aquello sabido es, sí. Pero ahora, ¿qué responderías ante la misiva de que el sentido más importante es el que he omitido? Nos define en un nivel doble, físico y mental. Te daría la respuesta en este momento, pero carecería de ese duplo significado si no lo amoldados a partir del matiz. Mi matiz. Osease, el trasfondo.

Podríamos reducir lo siguiente a una palabra: girar. Ya verás el porqué:

Entonces, y quizá debido en parte a mi falencia de nacimiento, de tanto observar, me di cuenta de que no era suficiente. Me aburría a montones. Los colores nunca me fueron suficiente. Nunca. Ahí es donde este pequeño niño con vista dudosa que fue puesto en —citando a los iletrados adultos— «cuarentena», descubrió que el ático estaba repleto de artefactos de antaño. A mis en esos momentos aburridos ojos, era un museo de antigüedades. Había una máquina de coser con una manivela que, al girarla, hacías que la aguja se desplazara de arriba abajo. He de admitir que dejó de interesarme tras el tercer pinchazo consecutivo en los dedos; los dedales, como pudiste deducir, los descubrí después. Vi un cochecito con su techo ahuecado y ruedas que desprendían películas de óxido con tan solo hacerlas rodar o palparlas. En la pared del fondo colgaba un reloj con un péndulo que oscilaba y funcionaba a través de una cuerda de la cual había que tirar.

Lo que más me interesó fue una caja que tenía un cono curvado que se extendía hasta abrirse como una flor. No te mentiré diciéndote que esa no fue la flor más esplendida que había visto. Deduje que los discos que estaban apilados y llevando polvo calzaban con la parte superior de aquella caja.

Entonces, coloqué el disco y agarré la manivela para girar, girar y girar, haciendo que con cada giro se produjera el sonido de unos engranajes al colisionar y —aunque un poco más leve— el de una cuerda al tensar.

Pero no produjo sonido alguno. Era como si faltara... algo. Incluso los objetos necesitan su algo, ¿sabes?

¿Pero qué era? Tenía la certeza de que existía una falencia, eso sí, pero ese asunto difería mucho al de saber cuál era exactamente.

Busqué y busqué; sentado encajando y encajando las piezas que encontraba; sujetando al son que moldeaba y moldeaba algunas para ver si era que estaban deformadas; dándole vueltas al asunto mientras cavilaba y cavilaba al respecto. Tras tres días cedí: no había encontrado una pieza que hiciera funcionar a aquella caja cuadrada que portaba aquellos discos y de la que sobresalía esa peculiar y elegante flor de metal.

No me quedó de otra que intentar dialogar con un adulto; y quién sabe, quizá esos años de vida extra que albergaban tenían de manera intrínseca la respuesta hacia mi duda.

Artefactos viejos para personas viejas. Tiempos antiguos para personas antiguas. Y —debo añadir— métodos pocos ortodoxos para personas pocas ortodoxas.

Esa decisión fue el punto de inflexión. El porqué de todo. El inicio de la más dulce desventura o aventura; depende de cómo lo mires. Pues ahí fue cuando conocí a Mentey, tu abuelo, quien fue mi padre adoptivo. Una persona excepcional cuando menos.

Era alguien que se guardaba sus asuntos para los más profundo de sus adentros, lleno de un desgarrador ahínco producto de metas que nunca logró; cosa que solo era superada por el deseo de que su nieta lo hiciera.

De que tú lo hicieras, Mór-sica.

Lo siento. Tuve que decirlo. ¿Cómo no decir tu nombre? El simple hecho de pronunciarlo, pese a ser en parte incierto, me resultaba, resulta y resultará placentero a montones:

Redondeas los labios como para besar con la primera sílaba «Mór»; siseas con la lengua mientras subes el labio superior con la segunda «si», como afirmando lo inevitable; todo para finalizar abriendo la boca con el «ca».

Mór-si-ca.

Mi cuerpo se estremece con solo hacerlo. No puede haber un placer más dulce; sobre todo cuando conoces la verdad que este ostenta. Oh, mi portadora de tal elegante, único y significativo nombre, ¿qué me dirías si te digo que todo por lo que has creído era en gran parte una mentira?

Una en la que fui partícipe.

Una melosa mentira que no paraba de endulzar más solo para ver qué conjetura terminaba siendo la verídica.

La de tu abuelo.

O la mía.

Esa fue mi ideología al principio de los primeros tres días, debo admitir; una que no tardó en derruirse como cera en fuego tras escuchar tu balada apesadumbrada. Derribaste mis creencias. Con aquella templanza, me hiciste lucir como un imbécil.

Y por eso, solo por eso, es que te vi de otra forma. De la forma en la que te veía el abuelo.

Ya queda poca cinta, pero estoy seguro que será suficiente.

—¿Opiniones sobre esta tanda? —le preguntó tu abuelo al encargado del orfanato.

—Las he visto mejores —respondió—; las he visto peores. —Se levantó del asiento para facilitarle un informe, su otra mano apuntando hacia el ático, hacia donde yo estaba. No tardó en fijarse en mi presencia y señalarme; gesto que tu abuelo siguió con la vista—. Pero lo que nunca he visto es a alguien como él, Mentey. Es de la nueva tanda, pero podría ser quien buscas.

—¿Eso piensas? —Y se me acercó—. ¿Cómo te llamas?

—Tú, y me apellido Niño. Así me decía mi madre antes de empalidecer y dejarme.

—¿Tú Niño? —Se puso la mano en el sombrero, ocultando sus ojos con la punta del mismo—. Dame un momento. No te vayas, por favor.

Obedecí.

Se fue a sentar por unos minutos. Su espalda encorvada. Su manó todavía sujeta al sombrero, tapándole los ojos.

¿De verdad no sabía que sus lágrimas se le deslizaban por los cachetes y mejillas? ¿De que al llegar al mentón esperaban juntarse con otras para así desprenderse y caer?

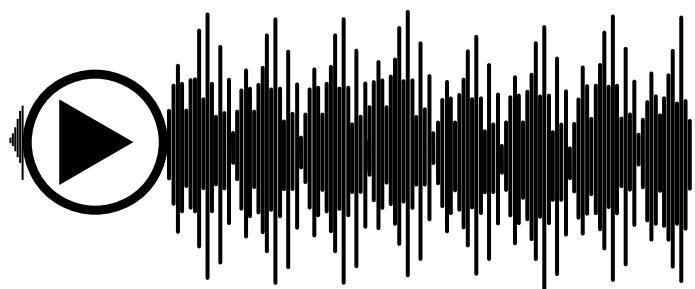
Pese a aquello, ese día terminó dulce, pues le pregunté qué tenía la caja con la flor y, tras irse por casi media hora, me trajo una pieza de metal redondeada de la cual salía una aguja. La parte trasera de la pieza la colocó en la entrada de la flor; la aguja, por encima del tallado redondo de los discos.

Y sonó.

Sonó como no tienes idea, Mórscica.

Fue la primera vez que escuché algo así. En todas las tonalidades. *DoReMiFaSolLaSi*, me dijo tu abuelo que se llamaban.

Al final de ese día terminé siendo adoptado. Y, visto en retrospectiva, también fui valorado.



...ta. Esa era, por supuesto, terminar de sopetón sus dos instrumentos faltantes para así poder complacer a entrambos de sus familiares.

Ellos, luego ella. Familia, luego individuo. Obligación, luego felicidad.

Tras zanjar su decisión, Mórscica terminó el primer mes ensayando los dos instrumentos faltantes: Cuarto y Quinto; quince días dedicó a cada uno. Terminado el cuarto mes, algunos de sus callos sangraban y ya no necesitaba rubor negro o delineador para el contorno de sus ojos.

Pero al final lo logró.

Dedicó el último mes para repasar y visitar a su madre, quien ya se encontraba en un estado de profunda letargia.

«Es el primer caso de esta índole. Necesitamos tiempo. No sabemos cómo evolucionará —les había dicho el médico de cabecera—. Debido a la incertidumbre de lo que se adviene respecto a su enfermedad, recomendamos que le dediquen el mayor tiempo posible».

«Recomendamos que le dediquen el mayor tiempo posible...», se dijo para sí tirada en la cama, la almohada en su nuca y la cara húmeda debido a sus lágrimas dispersas en la sábana. Las cosas siempre terminaban así; por más que se intente, siempre quedaba esa sensación.

Siempre.

Siem...

Si...

Y Mórsica se durmió, finalizando así el cuarto mes.

Nos queda poco tiempo: tanto para tu recital, como para que se acabe la cinta. Los dos últimos instrumentos que practicaste fueron el violín y el piano. ¿Pensaste que lo olvidé? Nunca me olvidaría de ti, de las maravillas que llevan a cabo tus dedos, de tu voz.

¿Si tú pudiste terminar de —citándote— «sopetón» el primer mes para así poder pasar los últimos días con tu madre, podría tomarme una libertad parecida? Igual lo iba hacer, pero tengo la costumbre de siempre pedir permiso, digo, ¿por qué no?

¿Qué cuál es la razón de mi ausencia? Digamos que he estado a escuchas de otros asuntos. Solo diré que terminé descubriendo algo; de tal magnitud que nuestra realidad se vería comprometida. «Unión». Esa es la palabra. Nunca la olvides.

Sin más dilación, he aquí mi resumen:

Fascinante fue saber que el duelo esta vez te afectó menos. Pensaba que eras de vidrio; uno fisurado al límite, casi al punto del quiebre total. Pero resultaste ser de tungsteno¹⁹.

Dura y flexible en partes iguales.

Cada día me sorprendes más, debo admitir.

Alegría rentada, pero promesas nunca olvidadas.

Ojos oscuros, palabras sombrías, alma impía.

Dedos con callos, y solo al oírte es que me callo.

Solamente te diré que eres el primer paso; ¿pero se puede cruzar el abismo más grande e incomprendido con uno solo? Ellos me dijeron que no, y que precisamente por eso es que era posible. Lo imposible haciéndose posible con solo un paso bien dado.

Tú serás la que des ese primer paso, Mórsica.

Yo me aseguraré de ello. Lo prometí y —al igual que tú ahora mismo— lo cumpliré.

Y así, se hizo el día del recital; el día donde cumpliremos nuestro propósito.

[19] Es un metal blanco a gris acero (depende de la pureza) que puede ser usado en forma pura o mezclado con otros metales para formar aleaciones. Las aleaciones de tungsteno tienden a ser duras y flexibles.

Ellos me aconsejaron muchas cosas respecto a mi enfermedad. No sabes lo aliviado que me sentí al saber que uno de aquellos consejos era para tomar medidas y prevenir el contagio. ¿Sabes lo que significa? Bueno, pronto lo sabrás.

Mórsica estaba premurosa. Pasó toda la mañana asegurándose que este día fuera lo más perfecto posible, de alistar todo para que, en caso de errar, no fuera por culpa de su desorden.

Y llegó a la Universidad de Artes.

Los tres jurados estaban ahí, postrados metros arriba, alejados del público de a pie. Juiciosos y solemnes. Eran, en pocas palabras, el resultado de toda una vida de dedicado ahínco hacia el arte.

Yacía sentado al fondo cuando te vi, Mórsica. Fue arduo en variopintos matices, pero lo hice; y al hacerlo, rebasaste mis imposibles expectativas, esas que solo pueden otorgar la imaginación y que, al hacerse realidad, difieren en su totalidad. Pero tú no diferiste; todo lo contrario.

Estoy seguro que también podrás rebasar las expectativas de aquellos que ostentan esos tres pulgares.

¡Sé que puedes hacerlo!



Fue el imperante sonido de tu presentación.

Lágrimas.

Eso desprendieron las comisuras de sus ojos tras ver bajar los tres pulgares al unísono. Tres lanzas espetándole el pecho. Quizá si las cosas hubieran sido diferentes, sin dos de sus familiares fallecidos, y estando el último encaminado a ello, si tuviera más resistencia para afrontar la soledad de alguien que se ha quedado sin familia, quizá, Mórsica no estuviera de rodillas, cabizbaja, y llorando sin consuelo alguno.

Con su alma espetada. Vencida.

Y fue en ese momento donde apareció Yajeed, quien en los últimos dos meses no había respondido a ninguno de sus llamados al ático. ¿Dónde estuvo todo este tiempo? ¿Es esa su apariencia?

De nada le servía pensar en eso, pues ahora, estando ajena de propósito, este sería su último día en el mundo.

Yajeed se subió al escenario, situándose a su lado. Tenía un tocacintas en una mano; una cinta en la otra.

—No te preocupes, Amórsica. Yo siempre estuve ahí, escuchando esas partes imposibles de cada una de tus tonadas. Juntándolas. Haciéndolas lo más audibles posible. Todo para este momento. Todo para que tú, mi princesa laudista, arpista, guitarrista, violinista y pianista, tocaras la nota quíntuple y así dieras ese primer gran paso.

Así pues, Yajeed colocó la cinta y le dio a reproducir. Pese a que era un aparato pequeño y un tanto anticuado, desprendía el sonido suficiente como para engullir los derredores del gran teatro.

Y la nota quíntuple se llevó a cabo, combinando aquellas partes perfectas de cada una de sus tonadas:

El público se sintió como el rey del poniente.

Como la princesa arpista en aquel valle de cerezos, armando para su príncipe y retoño una delicada y apasionada balada que, todavía, continuaba...

Portaron la segadora guadaña del despecho.

¿Y qué sucedió con los últimos dos instrumentos? Ya para ese momento el nivel de distinción entre lo real y lo irreal se había visto mermado; solo Yajeed parecía ser el único en comprenderlo, pues, de entre todos los presentes —ella incluida— él yacía ahí, erguido, escuchando. Era quien guiaba la orquesta de aquel réquiem; uno al cual siempre estuvo predestinado. Escuchaban despiertos en una esotérica ensoñación, viendo cómo lo real y abstracto se volvían uno.

Era todo a su vez, en todas partes, y al mismo tiempo.

La ensoñación acabó, dando paso a la separación y haciendo que todos cobraran consciencia. Para cuando Mórscica se despidió de su madre y abuelo, volviendo así de la suya, halló a los tres jurados con sus pulgares alzados.

Lo había logrado.

EPÍLOGO

Yajeed

«Cinco son los sentidos. Cinco son los pilares a romper. Y cinco es lo imposible tornándose posible.

»Y, por desgracia o fortuna, el resultado será lo todavía más imposible.

»El resultado será La Unión».

Últimos susurros de YAJEED hacia AMÓRSICA,
después de darle la cinta y hacerla firmar el contrato de *ex parte*,
minutos antes de desaparecer

~~Sentido de la audición.~~

Encontrar, moldear y facilitar el algo de los demás. Ese es el mío.

